

se sustituyera la Constitución de 1876 sin una consulta amplia, pero también temía que Primo de Rivera, cansado, se limitara a arrojar el poder por la borda, porque «tampoco tenía nada parecido a un plan de actuación claro y factible» (pág. 588). Abril de 1931 fue la consecuencia de la «inmensa hostilidad» que se desató entonces contra el rey y no fue, como Alfonso XIII creyó, una situación reversible. No hubo posibilidad de vuelta, ni tan siquiera terminada la guerra civil y pese a sus «calurosas felicitaciones» a Franco por su victoria (página 683). Incluso los monárquicos le consideraron entonces anclado en el pasado. El 15 de enero de 1941, siempre en su deseo de servir al interés de su Patria, abdicó.

Tusell y García Queipo de Llano *comprenden* a Alfonso XIII. No ahorran los rasgos negativos: una indiscreción en ciertos momentos patológica, una frivolidad a veces hiriente y una falta de conocimientos imperdonable a la hora de calibrar las reformas que se le proponían

y, sobre todo, «la carencia de una idea global de hacia donde debía contribuir a llevar a su país» (pág. 693). Pero fue, en su opinión, un rey liberal; no demócrata, pero sí liberal y no opuesto en principio a las reformas que exigía el momento. De ninguna manera propenso al poder absoluto ni clerical compulsivo. No intervino en las crisis de Gobierno con la intención de multiplicar su poder, ni dio el golpe de Estado de septiembre de 1923 y, aunque erró entonces de forma «gravísima», en la equivocación le acompañaron muchos políticos e intelectuales (pág. 701). Porque Alfonso XIII padeció el inconveniente de que se le atribuyera una influencia mayor de la que en realidad ejerció, concluyen Tusell y García Queipo de Llano, y si España no tuvo democracia no fue por Alfonso XIII, o no fue por él solo. Las culpas deben ser compartidas por los políticos, también los de la oposición: el fracaso no fue de una persona sino de la sociedad española (pág. 705).

MERCEDES CABRERA

Sebastian Balfour,
*Abrazo mortal. De la guerra colonial
 a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*,
 Barcelona, Península, 2002, 629 páginas.
 Traducción de Inés Belaustegui.

No es común que la historia se escriba con entusiasmo. El libro más reciente de Sebastian Balfour, profesor de la London

School of Economics y autor entre otras obras de *El fin del Imperio español (1898-1923)*, lo transmite en dosis tan altas que

uno desearía haberle acompañado en su recorrido de cinco años por los registros y los lugares de memoria de la aventura colonial española en Marruecos. Balfour ha visitado archivos públicos y privados, militares y diplomáticos de cuatro países: su investigación se basa en documentos oficiales del Servicio Histórico Militar de Madrid, pero sin olvidar depósitos tan interesantes para su tema como el Archivo del Palacio Real o el de Manuel Fernández Silvestre, el general de Annual. Se ha entrevistado también con decenas de veteranos de las dos guerras, la marroquí y la española, y con algunos de sus descendientes, que todavía guardan muchos recuerdos de lo que María Rosa de Madariaga llamó hace pocos años «una historia olvidada.»

Una historia que, como demuestra Balfour en la primera de las tres partes en que se divide *Abrazo mortal*, se inscribe de lleno en la más general del colonialismo europeo moderno, la que transcurre entre 1885 y 1939. En el libro se cita una observación que podría resumir, *avant la lettre*, el juicio de una buena parte de la historiografía actual sobre ese período: una delegación militar francesa de visita al Protectorado español se sorprende de la «mezcla de principios humanitarios muy modernos y una tendencia a la violencia más brutal» existente en el Ejército de África a mediados de los años 20. De estos dos componentes de las experien-

cias coloniales, humanitarismo y brutalidad, la investigación de hoy tiende a poner en un primer plano el segundo: las revelaciones más recientes sobre las atrocidades francesas en la guerra de Argelia, las belgas en el Congo o las británicas en Afganistán parecen indicar que, lejos de constituir una aberración aislada, la brutalidad acompañó casi todos los intentos de administrar y «civilizar» territorios no europeos.

Contextualizar la aventura española en Marruecos en el marco de la época imperialista resulta especialmente necesario al abordar un episodio tan delicado como la guerra química librada en el Rif entre 1921 y 1927, que Balfour es el primer autor en tratar de manera detallada. Pese a que su relato de la fabricación, empleo y efectos de gases tóxicos como la iperita en la guerra contra los independentistas rifeños es en sí mismo impresionante, sus explicaciones sobre el clima mental que hizo posible este «experimento» nos parecen tanto o más valiosas. Esta «historia secreta» constituye, en efecto, un ejemplo modelo de explicación de un fenómeno tan complejo como el crimen de Estado. Lejos de caer en la tentación de subrayar la inhumanidad de los responsables directos —empezando por el propio Alfonso XIII—, la atención de Balfour se reparte entre todas las instancias implicadas: desde la opinión española, decidida a vengar las masacres de Annual y Monte Arruit

a cualquier precio, hasta unas potencias europeas interesadas en sacar provecho de la experiencia, o al menos en silenciarla. Una «conspiración de silencio» a la que siguen contribuyendo hasta hoy los Estados español y marroquí y que bastaría, por sí sola, para justificar este libro.

Pero *Abrazo mortal* no se contenta con exponer los hechos desde el punto de vista de los diferentes actores del drama colonial: el grueso de la obra es un intento de interpretar los efectos de esta experiencia rifeña en la mentalidad del Ejército español, y en particular del sector que Balfour denomina «casta africanista militarista». Su punto de partida es el carácter paradójico que tuvo desde el primer momento el Protectorado español, destinado a imponer un orden dictado por las grandes potencias en una sociedad anárquica y fragmentada como la rifeña pero privado, en buena medida, del apoyo moral y material de la metrópoli. En estas condiciones, la política del Ejército de África se redujo a mantener a raya a los caciques locales y reprimir, en caso necesario, los brotes insurreccionales provocados por la fuerte resistencia a una colonización brutal e ineficaz. De ahí que, a medida que las condiciones de trabajo empeoraron al hilo de episodios como los del Barranco del Lobo y Annual, estos oficiales fueron desarrollando una idiosincrasia peculiar, basada a partes iguales en la ambición, la corrupción, el des-

precio del «Otro» marroquí y el extrañamiento de la España liberal. Esta mentalidad, predominante en las tropas coloniales desde 1921 y encarnada en los estatutos de la Legión, sería a juicio de Balfour un factor clave para explicar la actuación del Ejército en la política española durante los años 30.

Desde esta perspectiva, la tercera parte del libro se dedica a explorar las simetrías entre las guerras coloniales y la Guerra Civil de 1936-1939, con la intervención del Ejército de África contra la insurrección de octubre de 1934 como punto de engarce entre ambas. Los ecos coloniales pueden percibirse, según Balfour, en una gran variedad de registros: desde las tácticas militares hasta las atrocidades pasando por el discurso, en el que el «Otro» externo se transfigura en el «Otro» interno, el «Moro» da paso al «Rojo». Aunque otros investigadores han buscado en la experiencia marroquí y en el militarismo las raíces del *Sonderweg* español en el siglo xx, *Abrazo mortal* constituye seguramente el intento más persuasivo realizado hasta el momento de describir los vínculos entre estos dos episodios cruciales de nuestra historia reciente. Uno puede estar más o menos de acuerdo con las tesis que defiende el autor, pero es difícil que esta propuesta de «nueva historia militar» deje indiferente a nadie.